

## La tristeza de viajar

La víspera de dejar Buenos Aires, la madre Casualidad, siempre buena, pintoresca y artista, me puso delante a un antiguo amigo compañero de mis años más verdes. Mucho tiempo hacía que no cambiábamos un abrazo, y en aquel momento brevisimo, apenas si hubimos espacio para pasar del saludable regocijo del encuentro a la agridulce y poética melancolía de la despedida. Yo me iba a New York y a Cuba; él venía del remoto Oriente, soleado y azul. Mi amigo es un sentimental: le hallé desanimado, empobrecido de voluntad, lacio de espíritu y de cuerpo; sus pupilas grandes y claras de montañas, reflejaban la nostalgia grave de los horizontes.

—¿Por qué te marchas?—exclamó;—¿por qué esa inquietud, esa comezón de salir al tropiezo de lo imprevisto?..... ¿Acaso no te convenciste aún de la eterna y universal monotonía de las cosas?.....

El, por su parte, arribaba a la Argentina desilusionado de todo, y maldito si pensaba moverse de allí. Compraría en los alrededores de la ciudad una casa, sembraría frutales cuyo follaje tupido sirviese, al declinar la tarde, de confesionario a la brisa; criaría gallinas que le siguiesen por la huerta dardeándole con sus ojos penetrantes y redondos; y allá dentro, entre la alegre limpieza de los solados de ladrillo y de las encaladas paredes, tendría una pequeña biblioteca y un lecho blando. Adiós las estaciones de ferrocarril, los muelles, los hoteles..... todos esos lugares inexpresivos, secos, endurecidos por la ingratitud de las despedidas..... El porvenir que meditaba era de reposo; un reloj presidiría tiránico la marcha del hogar, donde todo se haría despacio y a sus horas; los viejos baúles, magullados y sin cerraduras, que le acompañaron en su existencia andariega, irían a la leñera, o, convertidos en

astillones, servirían de apoyo y defensa a los rosales del jardín.

—Mi amigo concluyó:

—Lo que deploro es haber viajado tanto, pues de los viajes sólo sacamos esa fatiga, infinitamente más grave que la fatiga física, que llamamos tristeza.

Yo le escuchaba atento, recogidamente, mientras experimentaba esa melancolía que tiene para nosotros la voz sin palabras de las tumbas y de las ruinas. Luego, por toda contestación y todo comentario, seguí adelante.....

Evidentemente, mi interlocutor acertaba: los viajes son tristes; mas no es la suya una tristeza particular y desusada, sino esa suave nostalgia inseparable de los recuerdos y que constituye la esencia capital de este mundo movedido donde hombres y cosas, empujados por el tiempo, apenas "son", cuando ya "dejan de ser". Es la pesadumbre de las amistades perdidas, de los amores extintos, del apaciguamiento que sigilosamente sentimos operarse en la hoguera interior de nuestros deseos; es aquella melancolía, en fin, que cae de pronto sobre la última página del libro que acabamos de leer; tristeza fría, muda, donde aletea una desilusión de crepúsculo. Pero, ¿no sería absurdo que, por miedo a lo que pudiéramos llamar "el dolor de cuanto concluye", renunciásemos a los generosos anhelos de perpetuidad y mejoramiento que abrasan el corazón de los que aman y de los que leen?.....

Es la felicidad para el hombre como el tiempo, que apenas llega y le envuelve, cuando ya empieza a irse. Mas, ¿no tildaríamos de pusilánime o de loco a quien no quisiese ser dichoso en su juventud, temeroso de que luego, con la vejez, dejase de serlo?.....

Bruñido por el sol un chorro de agua, cae alegremente dentro de una cisterna, y su bullicio festero decrece